

EL ESPÍRITU DE LAS RELIGIONES

— Y EL —

ESPIRITUALISMO RACIONALISTA

Conferencias dadas
en los Centros de estudios psicológicos
de Barcelona y Sabadell

DICIEMBRE 1913 ♦ ENERO 1914

por

Victor Melcior Farré

MÉDICO-CIRUJANO

Académico correspondiente de la Real Academia de Medicina
de Madrid.

Premiado con medalla de oro y diploma especial por la misma.
Académico correspondiente y laureado de la Real Academia
de Medicina de Barcelona.

Premiado con diploma de honor por el Excmo. Ayuntamiento
de Manresa y con medalla especial
por la Junta de auxilios en la epidemia colérica de 1855.

Premiado con diploma de mérito por el Consejo superior de
protección a la infancia.

Premiado por la Sociedad barcelonesa de amigos
de la Instrucción, etc., etc.

BARCELONA

Tipografía MANUEL PONSA.—Gerona, 63

1914



EL ESPÍRITU DE LAS RELIGIONES

— Y EL —

ESPIRITUALISMO RACIONALISTA

Conferencias dadas
en los Centros de estudios psicológicos
de Barcelona y Sabadell

DICIEMBRE 1913 + ENERO 1914

por

Victor Melcior Farré

MÉDICO-CIRUJANO

Académico correspondiente de la Real Academia de Medicina
de Madrid.

Premiado con medalla de oro y diploma especial por la misma.
Académico correspondiente y laureado de la Real Academia
de Medicina de Barcelona.

Premiado con diploma de honor por el Excmo. Ayuntamiento
de Manresa y con medalla especial
por la Junta de auxilios en la epidemia colérica de 1885.

Premiado con diploma de mérito por el Consejo superior de
protección a la infancia.

Premiado por la Sociedad barcelonesa de amigos
de la Instrucción, etc., etc.



BARCELONA

Tipografía MANUEL PONSA.—Gerona, 63

1914





EL ESPÍRITU DE LAS RELIGIONES Y EL ESPIRITUALISMO RACIONALISTA

Conferencias dadas por Victor Melcior y Farré
en los
Centros de estudios psicológicos de Barcelona y Sabadell
Diciembre 1913 • Enero 1914

SEÑORAS, SEÑORES Y AMIGOS:

Apesar de la aparente indiferencia, o de la más descarnada incredulidad, palpita en el fondo de todo corazón humano una velada curiosidad por conocer el objeto de la vida.

Ese velo que cubre el corazón de los incrédulos o indiferentes, se rasga prontamente cuando la fatalidad persigue a uno de ellos, y es entonces cuando revelándose contra el destino, o transido por el dolor de la prueba, se pregunta ¿por qué he de ser víctima de las asechanzas que me envuelven, yo, que no recuerdo haber sido causante de un mal al prójimo? ¿Será verdad que existen fuerzas ocultas mensajeras de la Ley, que se encargan de dar sanción a esa Ley, y por mediación

de las mismas se restablece el orden en la conciencia universal?

¿Tendrá la vida una finalidad, y tendrán razón cuantos dicen que la vida de los mundos y de los hombres vá regida por un sabio director, y que eso que llaman el alma acabará por ser una entidad real, efectiva, de desarrollos crecientes y de inmortalidad consagrada?

¿Será cierto que los progresos de una sociedad, son una simple parodia del progreso indefinido de las almas que la constituyen, y que de eslabón en eslabón iremos fraguando una cadena de vidas eternamente, siempre ascendiendo, siempre progresando, siempre inundados de mayor luz hasta la consumación de los siglos?

He aquí todo lo que un curioso filósofo se pregunta a sí mismo, en los momentos de meditación. He ahí el misterio de dolor y de amor que nos conviene averiguar a todos los humanos.

* * *

Y ese misterio que por ser común a todos los mortales parece debiera unirnos en apretado haz (porque la comunidad del dolor ejerce cierta mágica atracción en los que lo experimentan) no solamente no une, sino que divide con filo de espada, y no divide por su virtualidad sino por la interpretación que le damos los hombres.

Religión quiere decir religar, unir en una unidad armoniosa prestando culto a Dios, pero cuando se trata de aplicar a la vida sus prácticas, todos nos consideramos con derecho a levantar tienda, pretextando, que lo nuestro es lo mejor porque es lo

verdadero, en tanto que la capillita de enfrente vende las bulas averiadas.

Y es inaudito que a pretexto de hacer circular una mercancía de amor, porque la religión o es amor o es una piltrafa, pretextando digo convertir al hereje o al descarriado, en vez de emplear la persuasión, empleemos los puños y la espada, que a esto se ha llegado y se llega cuantas veces en nombre o en contra de la cruz, se han echado a la calle los intolerantes y fanáticos.

¿Cómo explicar tamaña paradoja? ¿Es que los caudillos de la guerra santa posponen la divina doctrina a intereses mundanos y pasiones bastardas, o es que celosos por el triunfo de lo que creen verdadero tratan de imponer su convicción con la exaltada pasión que caracteriza a los fogosos apóstoles?

De todo puede haber, y yo me inclino a encontrar atenuantes a la intolerancia de esos ciegos creyentes, que no sólo son capaces de reproducir las hecatombes de la trágica noche de San Bartolomé, sino que irían al circo a ser devorados por las fieras antes de rendirse a la doctrina de los que consideran heresiarcas o herejes.

La intolerancia en asuntos religiosos es lógica y errónea a la vez. Es lógica, porque el dogma es afirmación categórica, dentro de la cual se ha creído decir la última palabra en materia de verdad. ¿Cómo ha de transigir con cambios ni progresos el que de antemano sabe o cree saber que posee la divina revelación, y está en el secreto de cuanto debe saberse en estas materias, pues desde la cátedra del espíritu santo y desde las alturas de la silla pontificia se la dieron como infalible?

Y es errónea la intolerancia religiosa, porque ha olvidado que en este mundo todo está sujeto a la fuerza del progreso, y los hechos cambian a medida que los personajes se renuevan; las doctrinas se modifican a compás de un mayor esclarecimiento; las verdades evolucionan, y de fraccionarias y transitorias, pasan a ser con el tiempo más robustas, aunque siempre transitorias, y todo se renueva, todo va hacia delante, desde la misérrima bacteria contenida en la gota de agua, hasta el archipiélago de nebulosas dentro de las cuales se agita el fermento de mundos y seres, que luego poblarán el espacio.

* * *

El conocimiento que tenemos de las relaciones del hombre con las fuerzas de la naturaleza y su influencia en el desarrollo de la vida, va ampliándose a medida que la ciencia abre nuevos y más vastos horizontes al pensamiento, por virtud de los descubrimientos que dicha ciencia nos entrega. Y esos descubrimientos repercuten en las demás ciencias, y hasta en las creencias, modificando nuestros puntos de vista respecto a la constitución del universo y a las leyes que lo informan.

Pecaríamos de parciales y por lo mismo de injustos, si al esbozar la cuestión religiosa nos situáramos en la disposición en que se colocan muchos pensadores cuando al tratar de tan interesantes asuntos, no presentan más que la fase repugnante y errónea de los mismos, pues procediendo así engañaríamos miserablemente al auditorio, y en vez de dar lecciones de cosas, levantaríamos polvo pasional.

Yo no quiero proceder así, ni tampoco puedo hacerlo. En primer lugar, porque tengo concepto formado del espíritu informativo que caracteriza a la religión, y tal como lo siento he de manifestarlo, y luego después, porque no he de hacer traición a mis convicciones.

Es un hecho comprobado en la historia de las religiones comparadas, que los fundadores de toda religión fueron espíritus elevados, rectos en asuntos de conciencia, abstraídos de las impurezas de la realidad, amantes de la verdad como los primeros, y tan abnegados para el prójimo, como celosos defensores de su virtud.

A todos ellos les animó el deseo de conocer la línea divisoria que separa el bien del mal; todos reconocían la debilidad humana, tenían una idea intuitiva de Dios, creían en su Providencia, y esperaban conseguir en la otra vida un premio a los sacrificios de abnegación realizados en la vida presente.

Pero así como el agua purísima que se capta en las vertientes nevadas de una cordillera, al pasar a las ciudades y recorrer por vías subterráneas se impregna de impurezas, así también, aquellos principios fundamentales proclamados y practicados por hombres justos, al ser tamizados por hombres más afectos a los intereses materiales que a los morales, adquirieron la sórdida patina de todos los vicios, y la religión degeneró, y con este fermento degenerativo, pulularon los gérmenes de descomposición, que en buen castellano podríamos designar con los nombres de ateos, materialistas, herejes, etc.



Vamos a los hechos. Muchos que vivían en la sociedad de Budha, procedían al estilo de fariseos menospreciando el sentido de sus palabras, dándose el caso que en el gran concilio que reguló el Canon de los Budistas, Azokar, el llamado Constantino de la India, tuvo que elevar muy alto su voz para recordar a aquellos asambleistas, sacerdotes de su tiempo, que «sólo estaba bien expresado lo que había dicho Budha».

Mas la carcoma de la mala fe no paró aquí, pues dicho concilio decidió que ciertas obras atribuídas a Budha, fuesen consideradas como apócrifas y hasta heréticas.

Cuando los Mongoles separados de los Hinduanos por profundas diferencias se convirtieron al Budhismo, y las escrituras búdicas fueron traducidas en una lengua que tenía tan poca relación con el sánscrito como con el chino; esta religión adquirió en las dos razas caracteres muy distintos, y lo que decíamos de las aguas contaminadas, el budismo de los *Chamans* de la época presente, no se parece mucho más a las doctrinas del Samana original, que el cristianismo del Jefe de los rebeldes chinos se parece a las enseñanzas de Jesucristo.

Son de tal monta las averías que se han introducido en la interpretación y prácticas de las doctrinas religiosas, que un historiador Max Muller dice; que si los misioneros pudieran probar a los Bramanes, Budistas, Zoroastrinos y Mahometanos cuanto difiere su fé actual de la fé de sus antepasados y fundadores; si podían poner en sus manos y leer con ellos en un espíritu de benevolencia y

conciliación, los documentos originales sobre los cuales esos hombres fundan sus creencias; si pudieran mostrarles que ciertas de sus doctrinas son contenidas en sus libros sagrados, y que otras han sido añadidas posteriormente a la enseñanza primitiva, estos misioneros realizarían sobre sus auditores una impresión profunda, y harían mucho más fácil la conversión de gran número de almas que buscan la verdad. Pero para eso sería preciso quitarnos primero la mota en nuestros propios ojos para comprender la diferencia entre el cristianismo actual y la religión de Jesucristo.

Porque el cristianismo del siglo XX, no es el de la edad media, ni el de la edad media es el de los primeros concilios: ni el de los primeros concilios era el predicado por los Apóstoles, ni el de los Apóstoles tradujo fielmente lo que dijo Cristo.

Y es que las religiones se empapan del criterio que informa a sus divulgadores, y además establecen las religiones una alianza que nunca debiera existir, la alianza de la cruz y de la espada, del catecismo, y del libro de teneduría, y por último, de los intereses nacionales, que nada deberían tener de común con los intereses morales y espirituales de los creyentes.

* * *

Nadie que haya estudiado el desarrollo de las religiones antiguas, desconoce el hecho de que la religión en aquellas repúblicas, constituía una de las formas más visibles de la nacionalidad. En estas repúblicas, a la vez que existía un sistema político especial, puesto que tenía leyes propias, extendía

así mismo su criterio singularizador, a apropiarse dioses particulares, como si dijéramos dioses de la familia, y siendo de la familia ya podían tomarse mayor interés por sus cosas que los extraños.

Los dioses extranjeros no eran admitidos en aquellas repúblicas, y para que se vea cuanto pesa la sugestión colectiva sobre los hombres aun más emancipados, diremos, que hasta los filósofos de aquellos tiempos participaban de la misma opinión que los políticos.

Platon en su República ideal trataba de impíos a los que no creían en la religión del Estado, y hasta le parecían peligrosos los hombres más pacíficos que no se avenían con la religión nacional.

Si la gente mansa (muy escasa número) que simpatizaba con religión extranjera, pareciale digna de reprobación ¿qué no había de suceder con los rebeldes a cara descubierta? A estos se les encarcelaba durante toda su vida en calabozos horribles, y una vez muertos, se les rehusaba sepultura honrosa.

Ciceron mismo, apesar de ser uno de los espíritus más libres y esclarecidos de su época, que apenas creía en los dioses, y se mofaba alegremente de los augures, no admitía que un ciudadano se emancipara del culto de su país, y en su tratado de las leyes, condenaba a los herejes.

Durante toda la dominación romana, no se vea un sólo sabio, ni aun de la clase de los escépticos como Plinio el antiguo, un libre pensador emancipado de todos los prejuicios como Séneca; un filósofo honrado y dulce como Marco Aurelio, que haya estado dispuesto a otorgar un sólo día, derechos iguales a todas las religiones del imperio.

Sin la aparición del cristianismo, es posible que semejantes restricciones hubieran durado por largo tiempo, pero la doctrina del revolucionario narenense era bajo este punto de vista, muchísimo más liberal y conquistadora de espíritus, ya que rompía con los valladares localicistas, y aparecía como religión universal, adaptable a todas las razas y aptitudes.

El cristianismo primitivo al asomar en el palenque, distinguía la religión y la nacionalidad, que las repúblicas habían confundido voluntaria o involuntariamente, yo creo voluntariamente, por lo que iré más adelante. Habían confundido, repito, en una misma cosa.

Esto era la aurora de un rudimento de tolerancia, medido y practicado por los primeros cristianos.

Tertuliano afirma con admirable claridad y energía el derecho común, la ley natural, y quiere que cada individuo adore al Dios en quien tenga fé.

No pertenece a una religión hacer violencia a otra (dice) *Non est religionis cogere religionem*. Una religión debe ser abrazada por convicción y no por la fuerza, pues las ofrendas a la divinidad exigen el consentimiento del corazón.

Análogas palabras pronunciaba un siglo más tarde Lactancio. «No es matando a los enemigos de la religión como se la defiende, sino muriendo por ella. Si creéis servir vuestra causa matando a los enemigos, multiplicando las torturas, os engañáis. No hay nada que deba ser abrazado más libremente que la religión».

Así vemos brillar el espíritu de tolerancia en el hecho de algunos excelsos varones. Estos, que podían considerarse como lo más seleccionado entre

lo mejor de su tiempo, tocados del espíritu altamente edificante de los cristianos, llegaron a formar un partido numeroso, a fin de establecer corrientes conciliatorias encaminadas a fusionar todos los cultos que se practicaban en Roma, con el de los cristianos, cual sólo intento demuestra una vez más la tendencia que tiene el hombre reflexivo y libre de prejuicios, a seguir en su conducta las evoluciones del pensamiento, arrastrando en esa evolución las particulares creencias, siempre y cuando se imponen los reformadores por su fé ardiente, y la solidez de las doctrinas que sustentan.

Los espíritus más distinguidos de esta época admitían la existencia de un Dios supremo, y trataban con cierta candidez que podríamos llamar de primera hora, de establecer una tregua a las luchas religiosas, disponiendo las cosas de manera, que tanto los partidarios del Dios de los cristianos, como los partidarios de los demás dioses, no experimentasen ataque a sus creencias, asunto *que a posteriori* juzgamos difícil, pero que no lo parecía tanto a aquellos pacíficos varones del tiempo que reseñamos.

¿De qué medio valerse para que el voto unánime o casi general de ambos partidos, estuviera conforme en el nombre que debía darse a ese Dios de plebiscito? Pues no llamándole Dios grande, ni Dios chico, y después de pensarlo mucho, se convino en llamarle *Divinitas*.

¿No es verdad que semejante stratagemma parece un ardid de político o abogado travieso, que con un juego de palabras tratasen de escamotear una ley? Pues no eran esas las intenciones de los in-

novadores. Existía en ellos mejor buena fé, que hipocresía de pensamiento.

¿Se recibió bien el acuerdo? En un principio sí, porque cada cual entendía la palabra *divinitas* a gusto de sus creencias. Para los cristianos significaba el Dios suyo, el único y solitario que ni tenía relación con ningún otro Dios, ni admitía competencias. Para los paganos significaba un dios colectivo, un haz de dioses, es decir, la reunión de todos los dioses que se adoraban en el mundo. *Y tutti contenti*. Es decir, contentos debían estar todos, pero los paganos en particular quedaban muy favorecidos en cantidad, pues al formar tan enorme bloc de Potencias celestes, me cabe suponer, si pensarían absorber todo el Empíreo.

Interín este general acuerdo no tuvo que ser contrastado por los intereses creados de cada agrupación de adeptos, pudieron estos formarse la ilusión de que la paz religiosa quedaba asegurada por largo número de años, pero no contaban con la losa aplastante de la tradición, y de los intereses nacionales, que habían de poner en evidencia la fragilidad de aquellos diplomáticos acuerdos.

Ya expresábamos no hace mucho, que los intereses religiosos iban de estrecho acuerdo con el brazo militar, según ocurre todavía en casi todos los países civilizados, y esta fusión de la cruz y la espada que tenía efecto siempre, así en tiempo de paz, como en el de guerra, bajo imperativos del deber de defensa, y no pocas veces con el afán de codicia o venganza, exigían una solidaridad de acción, y una comunidad de creencias, porque había de resultar imposible mantener la disciplina del ejército entre una aglomeración de soldados que

prestasen culto a dioses diversos. Se temía y con razón, que si los centuriones y soldados diferían en creencias, aportarían como es natural a la guerra, el espíritu de su respectiva religión, y esto influiría en el ánimo de los combatientes, repudiando el derramamiento de sangre los que profesaran la religión cristiana, y creando en el total cuerpo de ejército una ráfaga de mansa rebelión, contraria esencialmente al espíritu belicoso.

Recuérdese además que las águilas que Tácito denominaba las divinidades particulares de las legiones, tenían un puesto de elección en los altares, y estos altares que acompañaban a los ejércitos, se plantaban en cualquier sitio del campo, siendo el general del cuerpo de ejército quien sacrificaba todas las mañanas.

No se combatía, sin antes haber tomado los auspicios. No se entregaban al goce de la victoria, sin dar gracias a los dioses.

Ahora podemos figurarnos cuanta gravedad debía entrañar, o podía tener para fines de la campaña, un núcleo de soldados partidarios de la religión nacional, y por consiguiente dispuestos a prestarle culto, junto a otros soldados protestantes de esa religión y de ese culto. ¿Con qué ánimo podrían prestarse estos últimos en sacrificar, cuando su conciencia rechazaba esta clase de sacrificios? Y sin embargo; mirando la cuestión bajo el punto de vista de los intereses nacionales, del patriotismo, era imposible tolerar una semejante libertad de conciencia, porque los desenvolvimientos de aquellas sociedades debían cifrarse en la fuerza de las armas, y era menester conseguir la mayor cohesión

en los brazos y corazones de los hombres que habían de entrar en combate.

Un espíritu del siglo XX que al hacer la crítica de las religiones antiguas trate de prescindir del medio moral y de la atmósfera política de aquellos pueblos, formará apreciaciones muy erróneas respecto al espíritu religioso que les informaba, y le parecerá bárbaro y desatinado ese carácter de imposición de creencias, o cuando menos de obligación a resignarse con los dioses nacionales, pero no es así como pueden apreciarse las cuestiones. No es con el espíritu libre pensador de los tiempos presentes como debemos entrar en el estudio que nos ocupa. Es con el atraso de la antigüedad, es haciéndonos antiguos como ellos, aunque sea sólo con imaginación, como podremos comprender muchos hechos que hoy nos repugnan y ofenden por ser contrarios a las luces de la civilización.

No hay pues de que admirarse que en un pueblo guerrero cuya evolución se mantiene en los primeros delineamientos de la estructura social, y que ha de ventilar sus pleitos, desarrollar sus actividades, e incrementar progreso, apelando a la fuerza de las armas, procure por cuantos medios se le ocurra, mantener la más firme cohesión entre sus ejércitos, y siendo la creencia en el dios nacional uno de los medios propulsores que debía dar arrestos a los combatientes, era menester procurar que arraigara esa creencia en ellos, pues de otro modo corríase el riesgo de contar con defensores abúlicos, o lo que es peor, con legiones divididas.

Fundado en estos antecedentes, opino como decía anteriormente, que se procuraba hacer nacionales el patriotismo y la religión, con el intento deli-

berado de sumar voluntades, multiplicar energías, y dividir al enemigo.

* * *

Sin embargo: el fermento del eterno devenir modificador del presente, pululaba entre algunas clases sociales, y eran estas quienes deslumbradas por el carácter piadoso y tolerante del cristianismo, iban divorciándose de la masa general, con la cual hasta entonces habían convivido en comunidad de creencias.

El mismo emperador Constantino convertido repentinamente al cristianismo, había de contribuir mucho al avance de esta doctrina. Como recién converso, parece que había de ser víctima del excesivo celo que acostumbra a padecer los recientes iniciados, pero no fue así. Por más que debe suponerse cuan grandes serían sus deseos para convertir a la cristiandad a todos los pueblos paganos, sin embargo, demostró tener suficiente talento para no llegar de momento a la imposición.

¿De qué medio valerse para hacer una propaganda hábil? Pues apelando a un recurso candoroso que nos recuerda aquella proclamación de la *Divinitas*. Hizo que las tropas paganas y cristianas se reunieran el domingo. Como este día era consagrado al Sol, podían los paganos santificarlo sin escrúpulo ni renuncia de sus creencias. Cuando estuvieron reunidos en pleno aire, a una señal dada todos los soldados con las manos levantadas debían repetir una plegaria que sabían de memoria, y que el propio emperador compuso.

La plegaria decía así: «Nosotros te reconoce-

mos como nuestro Dios; te honramos como a nuestro rey, y te invocamos como a nuestro apoyo.

»Es a tí a quien debemos las victorias sobre nuestros enemigos. Te damos las gracias por los éxitos obtenidos, y esperamos nos otorgarás de sucesivas.»

Se comprende que este *trúc* tan habilmente dispuesto, pasara facilmente los primeros días, pero ¿cómo se las había de arreglar el emperador para tener contentos a paganos y cristianos, el día de plegaria que no hiciera Sol, o que correspondiera a un día de la semana no consagrado a ese astro?

Seguramente los paganos no estarían conformes en recitar la plegaria en momentos que su Dios estaba ausente, por no corresponder al día señalado de audiencia.

Y claro está que la fórmula no pasó de un simple cataplasma, que no pudo aliviar el mal más que un solo día.

Fieros los paganos en honrar a sus dioses que llevaban en la masa de la sangre, y torpemente adulterado el cristianismo por los propios cristianos, era punto menos que imposible llegar a un estado de concordia. Las creencias se sienten y no se reflexionan. La fé está por encima de la razón y de toda clase de argumentos.

Por más que Constantino con celo apostólico procuraba conciliar los ánimos de ambas partes, nada lograba conseguir. Y empezaron las herejías y cismas, esas válvulas de seguridad por donde el pensamiento libre se escapa difundiéndose en el ambiente de los pueblos.

En Africa estaban divididas las creencias entre católicos y donatistas. Luego entra en campaña

Ario, y ya empezamos a discutir a estilo bizantino, no precisamente por dogmas, sino por palabras.

Ante el maremagnum de opiniones y actos de rebeldía, propone Constantino que no se hable más de las cuestiones contravertidas, sino tratar de aquellas en que se esté de acuerdo.

Esto equivalía a poner puertas al campo, y una brida a las inteligencias fogosas, pero por más que el pobre emperador rogó, invocó, amenazó y castigó, nada pudo conseguir.

La ola magestuosa del progreso arrasa siempre sin contemplaciones, los campos de la quietud y de la inmovilidad, y pasa por encima de los convencionalismos e intereses creados.

* * *

Sería imposible en el breve tiempo dedicado a una conferencia, presentar aunque fuese con la mayor concisión, el nacimiento y vicisitudes porque han pasado todas las religiones, pero en el fondo tienen mucho de común en cuanto al espíritu interior, al esoterismo que las informa, y es por tal motivo que nos limitaremos a dar una ojeada general sobre dicha materia.

Nacen las religiones a impulso del sentimiento de grandeza o de temor que inspira la obra de la Creación. Según fueren los pueblos respecto a situación cultural, política, militar y económica, y según el lugar que ocupan en la latitud geográfica, se empapan del medio y de las circunstancias, llegando paulatinamente a desprenderse de las toquedades y rutinarias prácticas, para ocupar, o por mejor decir, para compartir con el pensamiento con-

tempóráneo que vá anejo a las escuelas filosóficas, un lugar relativamente accesorio, y que las conciencias emancipadas procuran limitar a lo que es fundamento y base de la existencia de las sociedades, y progreso de sus componentes.

No es que haya faltado en los pueblos antiguos un cuerpo de elegidos capaces de comprender las trascendentales verdades de la religión, pero estos hombres excepcionales, eran incapaces apesar de su mucha sabiduría, de elevar a los terrenos de la abstracción a la masa ignorante, y de ahí la necesidad del símbolo, del mito, de los ejemplos, y también de la conveniencia de antropofomizar, y divinizar, objetos y cosas que podrían herir con fuerza incomparable la imaginación de aquellos pueblos.

Nada más ridículo al parecer que el culto tributado por los egipcios a la planta acuática que denominamos loto, y sin embargo el hecho tiene su filosofía.

El loto se halla en la misma dependencia que el río Nilo (también sagrado) sobre las riberas donde crece. Era y es aquella planta un pronóstico cierto de la inundación, y quien dice inundación, dice abundancia de cosecha en perspectiva.

¿Qué tiene por consiguiente de extraño que el egipcio no connaturalizado con los fenómenos atmosféricos y astronómicos, haya visto en el efecto la causa, y para conseguir los beneficios de la inundación, haya llegado a dirigir sus preces a objetos externos simbólicos de su bienestar?

El Hinduano contempla con amor su misterioso monte Meroú, ese monte sagrado desde donde el manantial de la vida se extiende hacia los valles y

llanuras que separan el día de la noche, y reúne el cielo y la tierra, detrás de cual monte vienen a acostarse cada noche el sol, la luna, y las estrellas.

Las fuerzas productoras, destructoras y creadoras de la tierra, como el fuego, el agua, el viento, el rayo, la luna, el sol, el buey y la vaca, los órganos de la generación en ambos sexos, la higuera sagrada, etc., son los principales elementos o símbolos a los que se ha rendido holocausto, unos por la aparatosidad e imponentia con que se ofrecen, y los otros por la acción misteriosa que desempeñan en los fenómenos de la vida.

El culto de Ceres y Proserpina, profundamente moral y religioso, nos abre un ciclo de símbolos lunares y solares, terrestres y celestes, y vemos a esa diosa y a su hija Proserpina en relación con Neptuno y el dios Pan.

Los hechos físicos están en relación con la agricultura.

Herida la imaginación por la contemplación de los fenómenos naturales, insensiblemente pasaron los pueblos antiguos a la formación de un panteísmo grosero, que fué ramificándose hasta lo inconcebible, pues cada cuerpo, cada fenómeno, cada agente del mundo físico, llegaron a convertirlo en un dios.

Un rey asirio del año 860 contaba más de siete mil dioses y genios.

A la clase de los genios sin leyenda alguna productos del animismo y de la tendencia a la abstracción, se relacionan las personificaciones como la *Salud*, la *Fortuna*, la *Juventud*, etc.

Y de abstracción en abstracción, la doctrina filo-

sófica del panteísmo, llegó en los griegos a este axioma; *todo es la imágen de la divinidad*.

Las palabras breves y sentenciosas pronunciadas por un sacerdote de pasta apostólica, ejercían sobre la multitud los efectos de un oráculo.

El fenómeno se ha repetido y repetirá siempre, mientras el orador tenga el suficiente talento para adaptarse al diapasón de sus oyentes, y posea el calor comunicativo que presentan las arraigadas convicciones.

Hoy mismo, apesar de los vientos de incredulidad que corren, si apareciera un misionero de cualquier religión, dotado de caluroso verbo, abnegado y virtuoso, se llevaría tras de sí las multitudes, y rompería el hielo del escepticismo con el ariete de la misteriosa fuerza magnética irradiante de su alma, que en ella está el secreto de los grandes éxitos obtenidos sobre el corazón de los hombres.

A impresionar el espíritu por mediación de los sentidos, y sobre todo hablar a los ojos, tendían los sacerdotes de las religiones que estudiamos. Y en efecto; si se examinan los símbolos de Pitágoras, los apólogos de Vichnou Sarma; las sentencias de los profetas hebreos, los oráculos griegos y romanos, no se vé otra cosa que un cúmulo de figuras expresivas, y de imágenes llenas de color y de sentido.

En el Oriente, la acción alegórica se une con frecuencia a la palabra, o la reemplaza cuando se trata de ejercer una impresión rápida y profunda. Es así que entre los romanos el *Pater patratus*, encargado de denunciar la guerra, tiraba una lanza sobre el territorio enemigo, y Jeremías por orden de *Jeovah*, rompe un vaso de tierra en presencia

del pueblo de Israel, para figurar la suerte que amenazaba a Jerusalén.

* * *

Referente a esto mismo voy a emitir una apreciación mía.

Tanto en política, como en religión, la acción personal del caudillo, o del apóstol, se sobrepone muchas veces a los principios doctrinales, y ejercen aquellos más fecunda e intensa virtud, que los mismos códigos en cuyo nombre hablan. Eso sí; es menester que el caudillo o el apóstol tengan aquellas cualidades que requiere una misión. Venbo ardiente, energía de carácter, abnegación y talento metafísico para saber presentar en un trazo, una imagen gráfica; un pensamiento brillante y de relieve, una figura de doble sentido, que choque por su realismo, y por su exactitud.

Dejemos aparte los hombres selectos que saben atemense a las ideas que se les predicam, y saben remontarse desde el mundo de las formas, al de la reflexión; hombres estos que poseen cerebro apropiado para saber dializar la entraña de los pensamientos. Dejemos a estos pocos que constituyen la excepción inherente a toda regla, y atengámonos a la masa general, inculta, o ilustrada, y veremos de que manera son absorbidos por su ídolo, y con que facilidad este les conduce por los senderos que mejor le place.

Tal influencia ejercen esos hombres sobre el ánimo de sus partidarios, que apesar de ser meros satélites del Sol ideal que predicam, tienen la suficiente destreza de eclipsarle, y cuando ese Sol

ideal, se llama partido conservador, radical, religión protestante, etc., sus fieles partidarios sobrepone al nombre doctrinal, el del caudillo o apóstol, y viene el maurismo, el lerrouxismo, el calvinismo, el luteranismo, a demostrar la supremacía del hombre sobre la idea.

Y hay que ver señores, cuando nos apropiamos de la lupa de un buen observador, hasta donde llega la influencia personal así que recae sobre las multitudes. Hay que entrar en el santuario de los hogares (sitio destinado al culto idolátrico de los caudillos y apóstoles) para ver como figura clavado en la pared el hombre de sus amores, junto a una estampa ideal, que si en los hogares cristianos puede ser el Cristo crucificado o alguna Madona, en los hogares librepensadores se codeará el retrato del caudillo, con alguna estampa de la República, o algun cromó más o menos alegre.

Yo no he visto nunca ningún cuadro que tenga inscritos los deberes del hombre. Tampoco he visto ninguna página o sentencia de autor inmortal, pero ídolos sí; de ídolos he visto muchos.

Después de estas consideraciones que nos llevarían más lejos de lo conveniente si quisiéramos disecar *de profundis*, no debe extrañarse digamos, que para la difusión de las religiones, resulta tan transcendental la requisa de un personal competente, como la virtud de la doctrina apostólica misma, y que no han sido precisamente las religiones, quienes más han contribuído a crear ciertos males en la sociedad, sino el clericalismo fanático, intolerante, necio, y materialista.

No basta fiarse en la bondad de las ideas para que circulen briosamente por los carriles del mun-

do pensante, sino que es menester saberlas envolver con el artístico *cachét* de la buena forma.

Dicen que en una de las últimas exposiciones de París circulaba en las proximidades del certamen, un truhan que vendía prosáicas algarrobas envueltas elegantemente con papel de estaño y cintas de colores.

Se dirigía al público con esta cantinela *ffrutttii cattallam esquisitto*. Aunque el italiano con que pregomaba la mercancía no era muy puro que digamos, era sin embargo, lo bastante claro para dejar entender, que aquello que vendía, era un escogido fruto catalán.

Y tenía muchísima razón, porque aquí en Cataluña, ese fruto, lo saborean con placer cientos especies zoológicas de la clase de tito y anastre.

Pues bien. Las algarrobas se vendieron en gran número, y se las pagaban a peseta cada una.

En cambio, otro chusco, con poca sombra, intentó vender monedas de oro de a 25 pesetas a 20 pesetas una, y no consiguió vender ninguna.

Y así se trate de vender algarrobas trontosísimas, paños de Sabadell, semillas de creencia, o de partido, no se puede temer la pretensión de creer que el producto circulará por sí sólo y de idéntica manera, con propaganda, o sin ella empleando la destreza en la acción, o metiéndose las manos en los bolsillos dejando al producto que se imponga por el sólo marchamo de su bondad.

Hay en estas cuestiones un fenómeno de imposición secreta, una lucha de fuerzas, que tiene lugar cuantas veces un interlocutor trata de ganarnos hacia su partido. Este fenómeno es el magnetismo personal, producido con el gesto, con la palabra,

con la actitud del que nos habla. Si la energía de convicción que siente el orador se mantiene a una temperatura glacial, comunicaremos correlativamente el frío a nuestro auditorio, y este permanecerá indiferente al choque de nuestras razones, como inerte permanece un bloc de granito impulsado por la tierna mano de un niño.

Esto es lo que produce el vendedor apático cuando situado detrás del mostrador de su tienda parece esperar a que el comprador se marche sin adquirir el género. Esto mismo realiza el clérigo rutinario, sin fé ni ideas, cuando colocado en el púlpito repite a estilo de fonógrafo el sermón aprendido de memoria.

Pero cambiemos las orientaciones, y si al entrar en un comercio donde existe dependencia laboriosa o inteligente; de esa dependencia que sabe jugar un *match* económico con el comprador, y que no le suelta hasta adaptárselo ¡ah! que diferencia más marcada habemos de notar con el anterior. Porque aquí tropezamos con el joven que vive con ideal. Su ideal es vender. En ello cifra su amor propio. Coge el género con las manos: le da veinte vueltas; os pondera las ventajas que tiene sobre sus similares; se adelanta a vuestras réplicas; os cita ejemplos de fulanos y zotanos, personas muy respetables en el mundo, o en su casa, que también adquirieron aquel producto y se han mostrado tan contentos que lo declararon superior a todos; os sonrío con gracia conquistadora y amable, y volviendo lo blanco negro y lo negro blanco, acabáis por comprar el género aunque una voz secreta os diga que habeis sido unos primos.

Si el misionero apostólico tiene fé en su ideal,

hará prodigios en la propaganda, pero aquí ya no se trata de meter el género con cierto atropello y artificio. Aquí debe existir gran elevación de miras, sembrando el templo de saetas espirituales para que prendan buenamente en los corazones dispuestos. No ha de venir el misionero a sumar deliberadamente los prosélitos que haga, envaneciéndose por el número de los convertidos, sino que su afán a de tender a difundir las divinas verdades, con unción mística, o entusiasmo apostólico, prescindiendo de la aclamación o del aire de incredulidad que circule entre sus oyentes.

Su ideal no ha de permitirle buscar el aplauso exterior, sino el interior, el que le dicta el deber bien cumplido, y ha de ser tolerante, porque comprende que las fortalezas de la conciencia no se arrebatan a lo bárbaro; ha de tener misericordia para los que se atrevan a combatirle, porque sabe también que el pecador de hoy, puede ser el fervido creyente de mañana, y puestos sus ojos en los dictados del sermón de la montaña, deja una estela luminosa y tibia por allí donde el pasa.

En esta secreta lucha de magnetismos, a la corta o a la larga triunfa siempre la verdad, porque la verdad es la fuerza más grande de la creación, y nada ni nadie podrá impedir que triunfe sobre todos los convencionalismos y errores.

Se ha dicho que nada hay nuevo bajo el Sol. Yo me atrevo a enmendar esa sentencia y digo que sí hay algo nuevo ¿Qué es? La forma.

Podrán las verdades repetirse incesantemente con el mismo fondo exacto, pero su ropaje variará. Y eso que parece asunto accidental, transitorio, de

valor menguado, lo tiene extraordinario cuando se trata de adoctrinar a las gentes.

¿No os ha ocurrido alguna vez oír alguna explicación sobre un tema, y quedar prendados y hasta casi convencidos de la explicación, siendo así, que poco antes, os explicaron el mismo tema y ni os convencísteis ni admirásteis?

¿Quién fué el causante de esa mutación? La forma. La vestidura que se dió a las ideas, más artística, más elegante, más persuasiva, o lo que fuere. Lo cierto es que la forma nueva, conquistó vuestra alma.

Seguramente habréis oído muchas veces la partitura de una misma ópera. Con las mismas notas, los mismos profesores, pero con nuevos cantantes, la emoción artística habrá cambiado por completo. En tanto un artista no pudo arrancar de vuestros labios una palabra de entusiasmo apesar de haberse portado correctamente, otro se infiltrará por la acción misteriosa del sonido en los arcanos de vuestra sensibilidad, y os hará vibrar con estremecimientos desconocidos, elevándoos a esferas ignoradas donde el goce puro se siente, y no se puede traducir.

¿Quién hizo ese milagro? La forma. La expresión musical que ha traducido el pensamiento del autor, con nuevos cambiantes de luz que os deslumbraron.

* * *

Pero no creáis que la forma de que me ocupo deba consistir en una simple cáscara vacía de meollo, porque de estas cáscaras han tenido de sobra las

religiones positivas, cuando se le han dirigido sino exclusivamente, cuando menos de un modo principal, a practicar el culto externo con toda la rutina de una maquinaria, y sin tomar parte en dicho culto la iluminación interior, que vivifica y transmuta los procedimientos.

La forma ha de tener un intenso jugo, un sujeto, que al estar inspirado por la convicción o la fé, sepa traducir en rasgos de expresión adecuados las pulsaciones emocionales de su alma.

Precisamente en las religiones moribundas es donde se ve predominar más el culto de esa forma enteca y fría que constituye el último y supremo acto de defensa de una religión que agoniza.

Los ritos, sacrificios y ceremonias, son formas que preceden a las religiones, y persisten después de mucho tiempo que la fé abandonó las conciencias. Es así que la fé pagana ya no existía aun en los momentos en que se castigaba severamente todo ataque dirigido a los ritos, y así es también que en el catolicismo moderno, practican todavía muchos con ausencia completa de sinceridad de creencia, viniendo esto a demostrar, que la función, aparece y desaparece antes de la institución.

Ha de ser por consiguiente la forma, un calco exacto de una buena disposición interior, y esta no puede lograrse sin estar alimentado por elevados sentimientos y grandes ideas.

Nada hay más seguro y universalmente bueno que esto.

En la lucha de magnetismos, colocada está en el pináculo del poder y fecunda duración, todo lo que cae dentro del círculo de lo que es eterno, inmutable, bello, y bueno.

Un Alejandro, un César, un Napoleón, ambiciosos vulgares y sin espiritualidad, dejaron sólo las cenizas de sus conquistas, pues no pensando más que en la gloria personal, cayeron dentro de la esfera de lo caduco, vacío, y transitorio. En cambio un Cristo, un Budha, un Mahoma, que cifraron sus ambiciones en plantar el estandarte de la fé, cada cual comprendiéndola a su modo, tienen aun entre los habitantes de este planeta, millones de adeptos dispuestos al sacrificio por la idea.

Del sedimento que han dejado las religiones ¿hay algo que haya contribuído al progreso de la humanidad?

¡Claro que sí! No hay más que fijarse en lo mucho que la edad media debe a la Iglesia. En primer lugar, la iglesia extendió el evangelio, y aunque ella no lo practicara, lo predicaba, y las prédicas al caer sobre las multitudes crédulas, les puso un freno en sus desahogos bárbaros.

En todas las latitudes de la tierra multiplicó los hospitales, orfelinatos, y asilos.

Y siguiendo a un autor diremos: «Cuando se recuerda que fué precisa una ley del emperador Claudio para impedir que los amos abandonaran los esclavos enfermos, tirándolos en los caminos, sin alimento ni vestidos, se puede asegurar, que la Iglesia más preocupada de la salud de las almas que del deber social, fué más humana que el paganismo letrado.

Es cierto que la Iglesia de Cristo ha practicado la violencia haciendo derramar más sangre que todas las ambiciones seculares juntas pero en cambio afirmó la superioridad del espíritu sobre la fuerza brutal, que no estaba al servicio del derecho.

Los Obispos fueron los protectores, caprichosos si se quiere, pero escuchados, de los oprimidos y débiles. La iglesia dió lecciones de clemencia a los reyes.

Y por último: en una época en que la sociedad se dividía en castas, donde había nobles y villanos, ella mantuvo el principio de la igualdad de todos los hombres ante Dios.

La iglesia fué el refugio de los capacitados. Puso a su cabeza por encima de los reyes, al hijo de un obrero, al hijo de un mendicante. Para ser obispo, cardenal o papa, no era menester ser noble.

Monárquica en la cima, la Iglesia fué democrática en la base, pero no fué nunca aristocrática.

Nadie lo ha reconocido mejor que Voltaire, y eso que su testimonio no puede ser tachado de parcial.

Voltaire decía: «La Iglesia romana ha tenido siempre la ventaja de poder dar al mérito, lo que en otras esferas se otorga al nacimiento, pudiendo remarcar, que entre los Papas, los que han mostrado más elevación (Gregorio VII y Adriano IV) son precisamente los que nacieron de condición más modesta». (1)

No quiero caer en la sectaria vulgaridad de sombrar el asunto de las religiones, haciendo lo que muchos, que espiguan en los campos de la historia con ánimo parcial y exclusivista, y dejan a sabiendas lo que podría quebrantar sus argumentos iconoclastas presentando al pueblo, o mejor engañándolo, lecciones incompletas de la vida universal.

(1) Salomón Reinach-Orpheus.

Por eso he procurado mantener mi espíritu independiente en el desarrollo de esta conferencia, y esto mismo es lo que haré en la próxima, siendo mi único norte, el de ofrecer a los oyentes que se han dignado escucharme, un resumen lo más exacto del espíritu de las religiones, y el espiritualismo racionalista, a fin de que se pueda meditar acerca del valor e importancia de cada uno de esos temas.

Las materias esbozadas en estas conferencias son de interés general, porque pueden conducir al manejo hábil de nuestras energías, y restablecer la paz en nuestros espíritus conturbados, alentándonos briosamente en las luchas que nos esperan, caldeando nuestras esperanzas, y quizá contribuyendo también a nuestro mejor bienestar material.

Yo creo que estamos en el deber de divulgar estas materias, porque el materialismo feroz, perjudica a toda la humanidad, y se ha caído en un paganismo tan miserable, que parece retrocedemos a los tiempos de Moisés.

Entonces se adoraba al becerro de oro. Hoy se adora al oro del becerro, que es muchísimo peor.



2.^a Conferencia

SEÑORAS, SEÑORES Y AMIGOS:

Se tiene que anotar en el *haber* negro de las religiones, una gran partida de errores, concupiscencias y tortuosos procedimientos. Y no han sido siempre culpables de esas calamidades que han ensangrentado la historia de la humanidad, los códigos fundamentales de las creencias, sino los interesados y mal avenidos intérpretes, que sólo pretexto de un santo celo por el bien de la iglesia y salud de los creyentes, han llevado el trastorno general a todos los ámbitos de la tierra.

También han aparecido en el desarrollo de los sistemas religiosos multitud de hombres más papistas que el Papa, que levantaron bandera de rebelión, inventando cismas y herejías bajo pretextos al parecer justificados, y que dejaban suponer un noble afán para restablecer la verdad al parecer conculcada en asuntos de dogma.

Muchísimas veces los rebeldes tienen fuertes razones para protestar contra el mar muerto de los intereses creados, y la rebelión constituye entonces un signo de independencia moral, que enaltece la personalidad del rebelde.

Pero cuando asoma un rebelde en la falange re-

ligiosa, pretendiendo ejercer de puritano, es menester que ese rebelde demuestre con la ejecutoria de sus actos, que es digno de levantar su voz, por no estar manchado de las impurezas que los otros adolecen, y posee talla moral superior a los discutidos.

¿Ha sucedido siempre así? No; por desgracia.

Recordemos sólo de pasada lo ocurrido con aquel rebelde que se llamó Calvino, apóstol del protestantismo que llegó a imponerse ante una gran parte de Europa, y que tuvo millares de adictos que siguieron ciegamente sus doctrinas.

Este rebelde había sostenido correspondencia con el gran Servet, el martir de la filosofía médica que supo entrever la circulación de la sangre mucho antes que Harvey.

Servet escribió a Calvino acerca del misterio de la Trinidad, puesto en entredicho por el célebre ginebrino. Diferieron primero, discutieron después, y luego se injuriaron.

Calvino tomó por traición las hojas de un manuscrito que Servet hacía imprimir secretamente. Las envió a Lyon con las cartas que de él había recibido. Hizo acusar a Servet por un emisario, y el pobre Servet fué quemado vivo.

¿No es cierto que esta sólo página de la vida de un titulado apóstol, derrumba toda su personalidad moral, y es bastante para retirarle las credenciales de apóstol de las gentes?

Y aun no siempre los pretendidos purificadores de la religión, se han alzado contra ella por motivos de conciencia, sino que lo hicieron por odio personal contra individuos o asociaciones.

Tal es el caso de los que se llamaban en Fran-

cia, jansenistas, agrupados alrededor del abate de Port-Royal-Duvergier, abate de S. Cirano, los Arnauld, que abrazaron el jansenismo en odio a los jesuitas. Tomaron pretexto de una divergencia de opiniones sobre una cuestión sin salida, para desacreditar a sus adversarios.

Y de estos órganos averiados de la fé, los ha habido en todos los tiempos, y en todas las religiones, desde aquellos ya lejanos en que al consultar a un oráculo de piedra, contestaba por el dios, un pícaro escondido en el templo; y desde aquella época en que no podían encontrarse dos augures en la calle sin guiñarse el ojo como buenos compadres que están en el secreto del negocio, hasta aquellos en que papas, cardenales, mitrados, y simples sacerdotes, cometían pecado de simonía a tambor batiente.

Y bien, se dirá. El verdadero creyente ha de prescindir de la conducta que sigue el mandatario de la divinidad, y sólo debe ajustarse a los mandamientos de la ley, pero esto, señores, resulta bastante difícil de ponerlo en práctica, y sólo puede hacerlo una turba de cretinos, o cuando se es plenamente consciente de la religión que se ha abrazado. Los demás, que constituyen la generalidad, exigen del representante de la ley de Dios, honorabilidad de conducta, y rectitud de procedimientos, pues si al predicar moral con los labios, nos dá vinagre en la acción, acabamos por desprendernos y aun renegar, de la moral, y el vinagre.

* * *

Otra de las plagas que ha hecho mucho daño a las creencias a partir del siglo XI, ha sido la can-

relación de las penas eternas por medio de limosnas y bulas.

Se traficó con las indulgencias, después de la institución de los jubileos por Bonifacio VIII (1300) y muy pronto para permitir a todos los hombres participar de las gracias que la iglesia concedía, dirigiéndose en peregrinación a Roma, en cuya capital y palacio papal, se llevaba mejor contaduría que cuando andaban los apóstoles por el mundo sin alforjas ni camisa de recambio.

Ya en esta remota fecha existían listos viajeros (que lo eran monjes) encargados de vender a lejanas tierras, tan pronto indulgencias plenarias, como parciales, debiendo suponer que los rendimientos no andarían escasos, puesto que las bulas tenían un poder maravilloso que no se podía despreciar, ya que según mentaba un franciscano, podía el Papa vaciar de un sólo golpe el purgatorio.

¡Qué persona podía haber, como no fuese descastada, capaz de abandonar al fuego del purgatorio a los parientes, cuando se tenía una ocasión tan propicia para liberarlos!

* * *

Si al menos esas liberaciones hubiesen fiado exclusivamente su llave emancipadora a la plegaria, ayuno, y mortificación, cabía discutir el valor de los procedimientos, pero siempre quedara a salvo la honorabilidad de la Iglesia, a la que no se hubiese podido atribuir mescolanza de intereses bastardos. Pero no era así, puesto que el ministerio de la gracia, no parecía muy propio en dejarse seducir por las prácticas devotas de los fieles pobres,

pero en cambio, despachaba los expedientes con pasmosa celeridad, así que mediaban argumentos de sonoridad metálica.

Así pues, los intereses bastardos han jugado papel en la historia de las religiones, achicando su grandeza, y dando pábulo a que el libre pensamiento murmurara con crítica acerba la conducta de sus misioneros.

De ahí que algún autor (1) al tratar de ese especial punto, diga, que la Iglesia no fué tan tiránica por el sólo placer de serlo, sino porque tenía finanzas a arreglar, y que cuantas veces su autoridad e intereses no entraban en juego, mostrábase tolerante hasta un punto indecible.

Permitía las diversiones así fueran a expensas de la decencia del culto, siempre que la gente alegre no pretendiese pasarse de ese culto.

Así vemos en una época de la historia, permitir que lo que tiene de más augusto la religión se desfigurara con las ceremonias y costumbres más ridículas. La fiesta de los locos, la del asno, eran establecidas en la mayor parte de iglesias.

En los días solemnes se erigía un obispo de los locos. Hacíase entrar en la nave del templo un asno, con capa y bonete cuadrado, rememorando el asno, que llevó a Jesucristo.

Al final de la misa, el sacerdote se ponía a gritar con todas sus fuerzas, y el pueblo respondía con los mismos gritos.

Danzas en la iglesia, farsas inconvenientes eran las ceremonias de estas fiestas, cuyo uso extravagante, duró unos siete siglos en muchas diócesis.

(1) Salomón Reinach-Orpheus.

* * *

Cuando las religiones han tratado de estimular al pueblo hacia el cumplimiento de los preceptos por ellos sustentados, le presentaron lugares de felicidad, en donde moran las almas de los justos purificados de los errores cometidos durante su existencia.

En la doctrina de la metempsicosis de Pitágoras, de que participó también Platon, se admitía la existencia de cielos corpóreos, que eran, siguiendo esa doctrina, lugares destinados a recibir las almas redimidas de pecado.

Mahoma fué más lejos en la descripción de esas moradas, y dejándose llevar de su fantasía oriental, muy acorde para ser entendida por el pueblo de creyentes a los que se dirigía, llegó a hacer una descripción tan minuciosa de la topografía celeste, que pudo hacer presumir, y hasta creer, a sus partidarios, que los lugares descritos éranle familiares, por haberlos recorrido en más de una ocasión.

Mahoma admitía siete cielos. El primero se extiende entre las nubes y la Tierra. El segundo es la región de las nubes; el tercero, cuarto, quinto y sexto, son las residencias de los ángeles según sus gerarquías; el séptimo, el lugar de Dios y de los ángeles superiores.

Y como buen árabe que era Mahoma, conocedor de su gente, sensual, y golosa, había de concebir la vida en esas elevadas moradas como el *sumum* de las aspiraciones cifradas por un árabe, pudiendo decir, que allí corren ríos de leche y de miel, gozándose de temperaturas paradisiacas, embalsamado el ambiente de perfumes, y habitado por

huris muy guapas que harían el encanto y felicidad de los hombres.

El profeta Isaías y el evangelista San Juan, también hicieron grandiosas descripciones del cielo como lugar de ventura, dando suelta a la fantasía, pintándolo con el vivo colorido que un hombre terrenal es capaz de concebir. La poesía descriptiva del empíreo ha estado en parangón con el númen del artista que la inventó, de igual modo que las penas del infierno han sido espantosamente imaginadas por un Dante, y traducidas en estampa por el lapiz de un Gustavo Doré.

Conviniendo los teólogos en que no hay palabras ni medio alguno de expresión para pintar las excelencias del cielo, señalan diversos grados de felicidad de los que disfrutarán los elegidos en proporción de sus méritos. Así vamos acercándonos a la concepción del cielo tal como nosotros lo entendemos, y que lo fijamos en mundos de progreso y felicidad, adecuados al desarrollo espiritual, y elevación moral que habemos conquistado.

Pro meritorum diversitate, dijo el concilio de Florencia, esto es, un cielo según la diversidad de méritos, y a esta decisión sirvieron de base los sagrados textos: *Hay muchas moradas en la casa de mi Padre*, (San Juan XIV, 2) y la epístola de San Pablo a los Corintios (III, 8): *Diferente es la claridad del Sol, otra la de la Luna, y otra la de las estrellas, y aun entre una y otra estrella media diferente claridad. Lo mismo sucederá cuando la resurrección de los muertos.*

Grandes controversias se levantaron entre teólogos católicos y muchas sectas heréticas acerca de si la felicidad del cielo, la obtienen inmediatamente

después de la muerte las almas justas que no tienen ninguna falta que expiar, o si esta ventura suprema no ha de comenzar hasta la general resurrección de la carne y después del juicio final.

Esta tesis fué sostenida por Vigilancio en el siglo V; los griegos y armenios cismáticos en el siglo XII, y Lutero y Calvino en el XVI, siendo la opinión de estos herejes, que solamente los santos gozaban hasta entonces de un estado de descanso. Pero el concilio general de Lyon celebrado en 1275 condenó esta creencia, y decidió que la salvación o condenación, sigue inmediatamente a la muerte.

Alegaban los protestantes textos de la Escritura en apoyo de su opinión, pero la iglesia ortodoxa opuso textos más terminantes, como p. e. las palabras de Cristo al Buen Ladrón, *Hoy serás conmigo en el Paraíso*, y la Iglesia tomando por apoyo esta creencia, invoca a los santos como intercesores para con Dios, y ruega por los muertos pidiendo para ellos la vida eterna.

Ni más ni menos que lo que hacemos aquí abajo cuando deseamos la resolución en nuestro favor de un grave expediente, y no fiándonos de la justicia, o deseando que esa matrona se vuelva cara a la pared, empleamos la influencia política o monetaria de un personaje, para obtener la gracia solicitada, recabando de los altos poderes, que siquiera por esta vez, se olviden de la espada y la balanza, o que las empleen para hacer justicia a otro prójimo, que no seamos nosotros.

* * *

El embrión del pensamiento filosófico, incubado por el afán de inquirir la verdad y huir de las con-

tradiciones anejas a los diferentes credos religiosos, fué desarrollándose hasta constituir escuelas de filosofía, encaminadas como su nombre indica, a procurarse las verdades de interés primordial en la vida de las sociedades.

Una escuela filosófica, es una agrupación de hombres entregados a buscar las relaciones de los hechos que se hallan en el plano sensible, o a unir esos hechos y clasificarlos, tratando de elevarse a la causatividad de su producción, a las esferas del conocimiento, a la región de los principios.

Decir por consiguiente que uno es verdadero filósofo, significa conceptuarle emancipado de todo credo o noción cerrada, incompatible con las tendencias investigadoras y de libre examen, propios de los amantes de la Filosofía.

Es por esto, que un espíritu filosófico, examina, discurre, analiza, disecciona las cuestiones antes de admitirlas definitivamente. Su fé no puede ser ciega; ha de ser racional; sentida y aprendida, pero no admitida sin la solemne aceptación de su conciencia.

Forzosamente había de existir suma divergencia de criterio entre los directores espirituales de los creyentes, y los partidarios del libre examen; divergencia que ahonda cada día más a medida que surgen de la experimentación científica nuevos fenómenos, que son pasto a la dialéctica, y reforzadores del pensamiento contemporáneo.

No le basta al filósofo espiritual la presentación del fenómeno; no le satisface la exhibición de un rasgo genial con el que se demuestra un palpable adelanto en una rama de la ciencia, porque la inquietud y avidez de su mente le conduce seguida-

mente a interrogar, a buscar el como y porqué del fenómeno o del invento, tratando de palpar con su visión ideal, la región del noumenon, en donde se fecundó el acto.

Quiere ver y percibir, o cuando menos tratar de ver y percibir intersticios de luz, a través de lo que Victor Hugo llamaba la gran sombra, y ser uno de los elegidos que han libado en el néctar sabroso de la verdad revelada.

Le basta al vulgo con saber y presenciarse el hecho; le basta al creyente participar de las verdades reveladas que se le comunican, y que constituyen el sustentáculo de su fé, pero el filósofo no puede participar de la vulgar credulidad formando entre las filas de los entusiastas, como no tenga motivos para apoyarse en sus convicciones.

De las escuelas filosóficas que han tenido gran predicamento, cabe citar la escuela alemana que comienza a fin del siglo XVIII, en Kant, y que comprende todo el desarrollo idealista de los más geniales sistemas filosóficos que la humana mente puede concebir.

La preparación lenta de la obra de Kant, arranca en el dogmatismo de Wolf, en el empirismo de Lœcke, en el idealismo de Descartes y Berkeley, y principalmente en el escepticismo de Hume.

Larga sería la exposición del curso laborioso que ha seguido el pensamiento humano en su fiebre escrutadora de saber, quedando honrada su laboriosidad siempre, porque las más descabelladas teorías, y los más osados argumentos, han dejado en el acervo común una parte aprovechable y digna de perpetuarse, o siquiera una centella de inspiración para nuevas y sólidas argumentaciones.

De lo imperante en el mundo pensador, merece mencionarse la escuela positivista, esa escuela árida y sin alma, desprovista de espíritu religioso, que por desgracia profesan muchos luciferos directores del pensamiento universal, y que ha impreso tan honda huella en las conciencias y en las mentalidades, creando materialistas y escépticos en gran hornaza.

Es la escuela positivista un paganismo científico, cuyos dioses son los átomos, cuyo culto son las prácticas de laboratorio, y cuyos fetiches son los sabios investigadores.

Bendigamos todo lo que de bueno ha producido y produce el culto idolátrico del fenómeno, pero ¡ah! no seamos nosotros sus fieles discípulos, porque esa escuela en función de exploración, puede ser capaz de llenar el mundo de adelantos materiales, pero también es capaz de alejarnos del reinado de la paz universal.

Esa escuela tiene por norte la utilidad, y cuando la utilidad se ha querido dar por principio a los solemnes actos de la vida y de la inteligencia, ese principio de utilidad ha resultado un solemne fracaso.

Una escuela filosófica reducida al mundo finito, y de la sensación, será buena para fabricar eminencias científicas, pero no creyentes ni inspirados, y a nosotros nos parece que el conocimiento sin idealidad, se halla divorciado de la inspiración, porque esta viene de arriba.

La ciencia que reasuma toda su finalidad en el conocimiento de las estrechas realidades sujetas a la acción de los sentidos, ni tendrá virtud educatriz, ni alcanzará jamás a descubrir los lazos de sim-

patía y justicia que mantienen unidos los diversos miembros del cuerpo social, y por consiguiente, quedará huérfana de toda belleza, sin la cual no existen sentimientos morales, ni estéticos.

Una escuela enamorada del hecho bruto, de la realidad tangible, que no sepa elevarse a las esferas de las posibilidades, tactando con el pensamiento el fenómeno apreciado, y el no-nuevo que lo engendró; una ciencia que no sepa lanzar su visión telescópica hacia el mundo de lo ignoto, y no crea en la revelación del misterio por acto de inspiración, está condenada a la ergástula del tanteo, y al menguado goce de las aplicaciones prácticas. Y cuando la ciencia no busque más que las aplicaciones prácticas, no encontrará, como dice un autor, ni verdades nuevas, ni nuevas utilidades, porque en la ciencia, es lo bello, de donde procede la utilidad.

Los bellos teoremas, se ha encontrado que eran los más útiles, pero se les ha descubierto porque eran bellos y no porque eran útiles.

Toda verdad importante, ha sido en un principio una bella verdad, que se ha buscado y admirado por sí misma.

Kepler no ha visto desde un principio en las leyes de las órbitas planetarias, más que sublimidad, y del propio modo, si Newton ha afirmado la gravitación universal, es porque percibía una universal armonía, una reducción de la variedad a la unidad, una fecundidad infinita en la misma sencillez.

Así la ciencia, para avanzar, tiene necesidad de un cierto idealismo que la arranque del mundo de las realidades estrechas, para transportarla al campo inmenso de las posibilidades.

Lo que se denomina real, es cosa bien secundaria para los Descartes, los Pascal, los Leibnitz, que miran más allá de todas las utilidades, que viven en una especie de sueño de los posibles, y no ven en los fenómenos físicos, más que ecos de armonías superiores.

Los partidarios de la escuela positivista, no quieren ascender a las capas superiores de la atmósfera terrena y dicen que más allá del mundo finito, no ven más que un Océano inaccesible para el cual no tenemos barca ni velas, pero nosotros estamos convencidos de que vamos embarcados en buena nave, y que el capitán que nos conduce sabrá capear los mayores temporales y derivar escollos hasta conducirnos a puerto de salvación.

El daño que hacen a la humanidad, esas escuelas filosóficas desprovistas de espíritu religioso, no confundible con prácticas confesionales, es incalculable. Ellas son las causantes de que la teoría darwiniana en sus más repugnantes aspectos de dureza, y lucha animal, sea aplicada con implacable rigor, y que la vida en vez de ser un gimnasio de amigos donde cada cual ha de desplegar armoniosamente sus energías, esté convertida en un combate de tigres, en que el zarpazo y la dentellada, cuanto más desgarrantes mejor, sean los supremos y aplaudidos argumentos.

¡El culto a la fuerza! He aquí la inscripción que campea en el pendón de la escuela materialista, y que los altos poderes terrenales se complacen en aceptar y bendecir.

Ser fuertes, es la aspiración consagrada por todos. Hoy se canta a la fuerza como antes se can-

taba a Hércules, o al mejor retiario de la Roma pagana.

Y bien, sí. Estamos conformes en reconocer a la fuerza todo el ascendiente mayestático que queráis, y a sentarla en el Olimpo a la diestra del mismo Júpiter, pero es menester que sus atributos respondan de algún modo al culto entusiasta que se le tributa.

¡Fuerza! ¿No es fuerza poseer un cerebro potente como Edison, Tesla, Cajal o Crookes, y en una llamarada de genio, volver de arriba abajo el mundo de la industria y de la ciencia, hundiendo teorías, sepultando adelantos, y dando con la mano un empujón al planeta para que ande más acelerado?

¿No es fuerza tener un corazón magnánimo como un San Vicente de Paul, y dominar con su estela luminosa por todos los ámbitos de la tierra, socializando la cristiandad, y haciendo surgir por simple misterio piadoso, inmensos asilos de refugio, donde el desvalido recobra hogar y cuidados después de haber perdido en el naufragio de la vida las últimas prendas de abrigo y de sostén?

¿Y qué es sino fuerza, el conjuro mágico arrancado por un Wagner, un Beethoven, un Bach, un Mendelshon, en el mundo de los sonidos, y que nos arrebatan con golpe de ala angélica hacia innarrables planos de armonía, en los que nosotros, míseros mortales, jamás podíamos visitar de oyentes, sin el auxilio de esos colosos del arte?

¿No es fuerza y fuerza legítima y admirable, ese poder de avance y ascensión, que los hombres elegidos, ejercen sobre la vida, haciendo entrever otras encantadas maravillas que sólo esperan una varita mágica para hacer su aparición?

¿O es que degenerados hasta la imbecilidad, no hemos de elevar columnas de incienso mas que al biceps robusto y saliente, al puño enorme y acorado, y al pectoral prominente?

En este caso, venga a nosotros Jhon el negro, y coronémosle como emperador de un pueblo de moralidad chata, que bien ganado tiene su sólio, con sus brutales partidas de boxeo.

¿Y sabéis quien tiene una buena parte de culpa en esos extravíos del culto al vigor muscular? Pues la tiene el público, que al recibir la prescripción médica en la que se le dijo que la gimnasia es buena, y el ejercicio higiénico, leyó la fórmula con lente de ampliación, y en vez de sujetarse a principios razonables, extremó el remedio hasta caer en el olimpismo.

* * *

Volviendo a nuestro tema, conceptuamos que el hombre, tanto aislado, como reunido en asociación, tiene necesidad de desarrollar el idealismo, el espíritu religioso, con el fin de enriquecer la vida de la imaginación, y desarrollar entusiasmos que no solamente hagan tolerable la vida, sino que la engrandezcan, y dignifiquen.

Pedir ese espíritu religioso al arte o a la ciencia exclusivamente, es reducir la aspiración al terreno de lo contingente, y esto no le basta al hombre, porque su insaciable amor a lo sublime, le hace entrever por encima de las emociones científicas y estéticas, un mundo de bellezas y fuerzas inagotables, con las que desea establecer estrecha relación, y constituirse en ciudadano consciente de la patria universal.

¿Puede el hombre dar satisfacción a esos anhelos abrazando una creencia religiosa de las muchas que todavía imperan en este planeta?

Seguramente. Basta que tenga fé absoluta en los códigos que su religión le dicta, para que el espíritu religioso se desarrolle en él, y marche resignado y contento hacia sus destinos futuros.

Pero esa fé no puede ser impuesta. No debe ser aprendida; hay que sentirla ¿y cómo sentirla, cuando la razón en función analítica, le derrumba una a una las piedras sillares de la creencia, porque considera absurdos y erróneos los principios doctrinales en que se apoya su religión?

Este es el caso que ocurre hoy día a muchos hombres que abandonaron la falange de creyentes, y vagan sin rumbo fijo a merced del escepticismo.

A esos hombres, les indicamos un oasis de reposo y esperanzas. A ellos nos dirigimos para que estudien las enseñanzas del espiritualismo racionalista, o espiritismo, dentro de cuya doctrina, hallarán justificación al plan ordenado de la creación, y encontrarán la más completa, racional, y luminosa explicación de todos los problemas de la vida moral.

* * *

¿Es que nos brindáis una nueva religión (tal vez digan) después de la decepción que habemos experimentado con las enseñanzas de las religiones positivas?

No. No os brindamos organismo viejo con vestidura nueva, porque el espiritualismo racionalista, sin dejar de tener espíritu religioso, no es una

religión, pues no tiene Papas, sacerdotes, iglesias, ni culto.

Si tenemos algún contacto doctrinal con el cristianismo, es porque del cristianismo aceptamos toda su pureza. Aceptamos sí, del cristianismo sus puntos de partida, pero no le podemos seguir actualmente, porque nos divorcian los exclusivismos, y las intolerancias que hoy le corroen, y para que el espiritismo pudiera darse del brazo con el cristianismo, sería menester, que este aceptara la ciencia libre, la conciencia libre, y el pensamiento libre.

Apesar de que el espiritualismo racionalista, no está conforme con muchas prácticas del culto religioso, admite, sin embargo, algunas de ellas, y si así no lo hiciera, caería en la más palmaria de las contradicciones, porque conoce mucho mejor que la generalidad de adeptos de las religiones positivas, la importancia de algunas de las prácticas piadosas y creencias, que son artículo de fé en ellos.

Veamos dos de sus principales artículos de fé, o sea la oración, y el milagro.

El catolicismo cree en la oración y en el milagro. El espiritualismo racionalista acepta la eficacia de la oración con sus correspondientes distingos, y no cree en el milagro tal como la iglesia lo predica, pero afirma la posibilidad del fenómeno extraordinario y siempre natural, (que recibe el nombre de milagro) sin tratar de elevarlo a la categoría de un hecho, que supone, la anulación de las leyes naturales.

La sima que ahonda las diferencias entre espiritistas y católicos cuando del milagro o de la oración

se trata, consiste, en que nosotros, no abdicamos de la facultad de pensar, y queremos darnos cuenta con libertad de conciencia, de lo que son ambos actos, y cuando estamos persuadidos de que la oración es eficaz, oramos, y cuando se nos cita un hecho milagroso, lo analizamos y discutimos, aceptándolo o rechazándolo según sean nuestras convicciones.

Esto explica que aun dentro de la comunión espiritista, existan muchos cofrades enemigos de la oración, y dá así mismo justificación al hecho, de que no por todos sean apreciados de igual manera los fenómenos titulados milagrosos.

Pues bien. Para nosotros, la oración es un acto de magnetismo individual o colectivo capaz de desarrollar fuerzas, que se transmiten a distancia. Estas fuerzas, cuya acción resulta evidente en el acto de transmisión del pensamiento, proceden a modo de ondas herzianas, yendo a parar allí donde el generador hombre, las dirige.

Ni las distancias, ni los obstáculos, son motivo para que esas ondas dejen de propagarse y de ello no debemos dar demostración alguna, toda vez que estamos cansados de apreciarlo cuantas veces hemos tenido ocasión de experimentar con algún sujeto muy sensible, y en estado de hipnosis, y a veces, hasta en estado de vigilia.

Si en el acto de la oración, el pensamiento se distrae, aunque los labios sigan mascullando letanías, no hay ondas; no hay más que ruido inútil, y esto es lo que produce la beata cuando tiene el pensamiento en la cocina, y los ojos delante del rosario.

Es más. Cuando el corazón permanece frío man-

teniéndose casi insensible a la plegaria, tampoco se generan ondas eficaces, pues la eficacia de la oración, depende en gran manera de la buena disposición de ánimo del suplicante.

Por eso, el rezo pagado, es como un billete de banco fuera de circulación, o como una rueda que anda sola, sin producir trabajo eficaz.

Existen medios artificiales que forman parte del ceremonial religioso, y que convienen a la elevación espiritual, originando auras magnéticas apropiadas a los beneficiosos efectos de la plegaria, pero no es este el momento de ocuparnos de ellos.

Si la oración ejerce eficacia según decimos ¿no tendrá su acción ciertos límites? ¿no estarán condicionados sus efectos? ¿Cuándo la oración es eficaz?

Nosotros opinamos que la primera limitación impuesta a la plegaria, se debe al sujeto que ora. Un corazón seco, atizado por la duda, un alma escéptica, llena de contradicciones, no debe orar. Que no ore, porque perderá el tiempo. Espere a hacerlo cuando soplen aires de fé, y si la calma reina como soberana, procure agitar con insistencia el deseo, para sensibilizar su espíritu de recogimiento.

Mas si enardecido por la confianza, siente aquel hermoso estado de ánimo que le dispone a creerse en relación íntima con el universo de las fuerzas hiperfísicas, si sabiéndose elevar sobre lo caduco y mísero de la presente existencia, llega su convicción a sentirse hijo de Dios, y emparentado estrechamente con la hermandad espiritual de las potencias celestes, entonces debe lanzarse resueltamente, y con toda intrepidez a la plegaria, como

se lanzaría al mar un buen nadador apesar del oleaje.

¿Quién es capaz de poder presumir hasta qué límites alcanza la virtud de la plegaria? ¿Dudáis vosotros de que hayan existido varones justos que por mediación de ella, han conseguido forzar las leyes naturales, acelerando su acción, y modificando hasta en el plano físico, sus elementos constituyentes?

Yo no dudo de ello, pero nuestra explicación racionalista del fenómeno, dista mucho de la explicación que dan del mismo los católicos. Ellos dicen que es un acto de gracia, nosotros decimos que es un acto de justicia.

La primera condición que se requiere para producir un fenómeno, sea en el plano físico, como en el intelectual y moral, es energía.

Si para levantar un peso de veinte kilos he de ejercer un esfuerzo proporcional, para imponer una idea, necesitare así mismo hacer un esfuerzo que venza todas las resistencias que a ello se oponen.

Cuando concentrándome en actitud de plegaria aspiro a conseguir un resultado determinado, he de desplegar una suma de energía apropiada al hecho que me propongo obtener.

De ahí los versículos del Zend-avesta:

«Entonces el alma de la tierra lloró y dijo:

Yo no puedo elevar la plegaria debil en favor de los bienes y de los que deseo su posesión».

Pero no creáis que la energía a que aludo tenga comparación con algo referente a esfuerzo físico, sino que la energía inherente a la plegaria, es una expansión fluídica de nuestra personalidad; es

una energía depurada, infinitamente superior a cuantas energías conocemos, y que solamente es capaz de desplegar la fé ardiente, aquella fé que mentaba Cristo cuando afirmaba, que a tenerla como un grano de mostaza, mandaríamos como señores sobre los elementos, y ellos obedecerían fielmente a nuestros mandatos.

Las consecuencias que de esto devienen, parece habían de ser favorables al desarrollo del quietismo y de la meditación, y por lo tanto paralizadores de nuestra voluntad, pero no es así.

La plegaria tal como nosotros la entendemos, ha de ser preparatoria de la acción, porque no es solamente plegaria la actitud recogida en que se coloca el hombre cuando ora, sino que también es plegaria la actitud perseverante adoptada en el trabajo, siempre que en ese trabajo depositemos la mayor suma de confianza, y lo ejecutemos con fé; con plena seguridad de que nuestros esfuerzos serán coronados por el éxito.

De ahí el refrán oportuno «A Dios rogando, y con el mazo dando».

* * *

Vosotros podréis objetarme que se puede prescindir de ese estado de concentración y elevación espiritual en que se situa el que ora, toda vez que el trabajo por si sólo, constituye oración.

No es igual. No es lo mismo entrar en el trabajo con o sin esa preparación.

El que antes de emprender una tarea larga, difícil, y erizada de dificultades, adopta el buen acuerdo de concentrarse un rato al día durante algún

tiempo, pidiendo que se le otorguen luces suficientes para estar bien encaminado en la empresa que trata de ejecutar; el que sabe abstenerse de entrar en acción precipitadamente, y sólo lo hace, cuando sus luces interiores le indican el camino que debe seguir, ese tal, se halla en mucha mejor disposición para salir victorioso, que cualquier otro con mayor inteligencia que se lance atropelladamente a la lucha, despreciando las buenas influencias del Infinito.

Yo hablo por experiencia personal, y por la experiencia de otros.

En la actitud de plegaria podéis recibir la acertada inspiración que os encamine hacia la derecha o hacia la izquierda; podéis sentir la corazonada que os disponga a obrar con acierto, impulsándoos a dirigir vuestros pasos por caminos que os deben llevar al triunfo.

* * *

El tema de la oración, se presta a largos discursos aunque no me es posible tratarlo ahora con mayor extensión.

Lo que importa, es reconocer en la oración una fuente de poder, de luces, y de inspiración, pero descartada del criterio ortodoxo y místico con que la han presentado las religiones positivas.

Lo propio ocurre con el pretendido milagro. ¿Qué es el milagro? Para las religiones positivas, el milagro es una suspensión de las leyes naturales en que el hombre ha conseguido cautivar la voluntad del Altísimo, haciéndoselo propicio para violarlas.

¿Se quiere mayor majadería y falta de seriedad? Las leyes naturales no se suspenden ni se violan; ni con plegarias, ni con limosnas, ni con penitencias; pero si no podemos trastornar ese orden de la naturaleza, podemos en cambio intervenir con nuestras fuerzas haciendo que aquellas leyes sin perder nada de su caracter regular y constante, sufran una transformación; del mismo modo que en las ciencias físicas se pueden producir cambios, reacciones, y metamorfosis en los agentes naturales y en los cuerpos, mediante el oportuno empleo de energías apropiadas.

Un santo; un místico, o un hereje, como p. e. un medium, pueden elevarse varios palmos del suelo con la mayor sencillez y sin desplegar el más mínimo esfuerzo.

He ahí un hecho que titulan milagroso. Pero eso no es un milagro. Es sencillamente un fenómeno extraordinario debido a que el santo, místico, o hereje, en una situación completamente anormal, han irradiado fuerzas magnéticas opuestas a la gravedad, y al quedar esta vencida por la presión del dinamismo magnético, el cuerpo humano que se hallaba dentro del círculo de esa presión, se ha visto empujado hacia arriba.

Un fakir deposita una semilla en un tiesto lleno de tierra. A continuación concentra su voluntad bajo el designio de acelerar el desarrollo de aquella semilla, y al cabo de quince minutos aparece ante nosotros una planta perfectamente tangible.

¿Fraude o milagro? Ni una cosa ni otra. No es fraude, cuando la experiencia se ha repetido hasta la saciedad delante de numerosos e inteligentes espectadores que han tomado las más rigurosas

precauciones para convencerse de la realidad del fenómeno y se convencieron. Tampoco puede apellidarse milagro, porque el fakir en casos tales, no hace más que acelerar la acción de las fuerzas naturales por mediación de su voluntad muy bien adiestrada, y que le permite reducir en un cuarto de hora, la misma acción, que los agentes naturales habrían tardado tres meses en producir.

Otro individuo aplica sus manos sobre un sitio enfermo, o emplea pases magnéticos para lograr una curación, y la curación se obtiene sin otra influencia que la acción personal del magnetismo operador.

Y así podríamos hacer desfilar una larga hilera de hechos titulados maravillosos que la religión se apropia como genuinas manifestaciones de la gracia, cuando no es la gracia quien las consigue, sino la justicia, el poder personal, la energía psíquica del sujeto operante.

Descartado el milagro de la religión cristiana que es su nervio, en esencia y potencia, conceptuamos que el espiritualismo racionalista le sobrepuja en valor, por hallarse este, más acorde a la razón, y tener en su apoyo y defensa, la observación y experimentación científica, tanto de los dinamismos físicos, como de los dinamismos psicológicos que entran en juego.

* * *

Se nos echa en cara a los espiritistas un cúmulo de supersticiones que recuerdan la situación de muchos cofrades de las religiones positivas, pero a esto yo no puedo hacer otra cosa que recordaros aquella conocida quarteta que dice:

Si se envenena un amante
 Por haber perdido el seso
 ¿Qué tienen que ver con eso?
 ¿Los fósforos de Cascante?

Hay, ha habido, y habrá, quienes toman el rábano por las hojas.

Dentro de nuestra doctrina es imposible poner de acuerdo en lo accidental a todos los fieles, porque para ello sería preciso que todos a una estuviéramos al corriente del movimiento científico y filosófico contemporáneo, al objeto de incluir sus verdades comprobadas en lo que constituye la estructura de nuestro credo, y que poseyéramos el mismo grado de desarrollo espiritual.

Estamos sí, de acuerdo todos los espiritistas en lo substancial. Admitimos la existencia de Dios, y dejamos a que cada uno conciba a ese Dios según sus luces y sus sentimientos. Admitimos la sucesión de vidas, pluraridad de mundos habitados, e inmortalidad, dejando también a que la ilustración de cada uno, conciba los aspectos y formas que puedan revestir las existencias y mundos que deban habitarse; pero a partir de estas piedras sillares del espiritismo, se elevan diferencias puramente accidentales, que no afectan al nervio de la doctrina, que no son ni pueden constituir motivo de cisma, por tratarse de simples derivaciones de conceptos fundamentales.

El espiritualismo racionalista es una escuela filosófica en perpetua formación. Ni ha dicho la última palabra, ni puede erigirse en credo ortodoxo.

No es conservador en todo el rigor de la palabra, porque aun conservando como legado imperecedero las tradiciones invariables que son motivo de

fé, se adapta el *haber* obtenido por el pensamiento universal, cuando este tiende al mejoramiento económico, político, social, y científico del linaje humano.

No es la doctrina espiritista un credo filosófico que aspire a mangonear la cosa pública; pero sus adeptos, conducen sus simpatías hacia el partido que mayor afinidad pueda tener con los ideales de redención humana.

Si es revolucionario, lo será en todo caso bajo el supuesto de no poder avenirse con la inalterable permanencia de ningún programa, pero condena los procedimientos violentos en general, porque tiene confianza en la evolución, y en el progreso indefinido, e ininterrumpido.

Firme el espiritista en la creencia de que los adelantos de una sociedad han de fiarse más al desarrollo de las potencias individuales, que a la acción externa de improvisadas dietas, concilios, o asambleas, trabaja para su particular elevación lo cual equivale a trabajar para el Todo, y para todos.

Sabe el espiritista, que todo hombre lleva en germen o potencia los más excelsos poderes. Sabe también que el desarrollo de esos poderes puede darle la relativa independencia económica y moral, y si sabe despreciar el auxilio de padrinos y compadres, se elevará gradualmente por sus solos esfuerzos, adquiriendo personalidad propia, voluntad propia, recursos propios, y lo que vale más que todo, autonomía, y libertad.

Ha sido el espiritualismo racionalista víctima de ironías y ataques, partiendo no sólo de la religión oficial, sino de elementos sociales demócratas que han creído ver en nuestra doctrina una prolonga-

ción del misticismo embrutecedor que paraliza las voluntades.

Y esto no es exacto. Lo que son exactas, son las tendencias que tiene el espiritualismo racionalista a desarrollar el espíritu religioso, pero el verdadero espíritu religioso se distancia tanto del misticismo, como el pensamiento libre, diverge, de la infalibilidad.

No tienen toda la culpa los elementos sociales demócratas de esa tara que se imputa al espiritismo, sino que la tienen muchos espiritistas al estancarse en los fundamentos doctrinales, haciendo de la doctrina, un articulado aparte, con sus capillitas, y pequeñeces, y no viendo la grandeza, la sublimidad, y el aspecto progresivo de esta hermosa escuela filosófica.

El espiritualismo racionalista debería ser estudiado profundamente por las masas, porque en el encontrarían la clave de su liberación, mientras que las masas hoy se alucinan con los espejuelos de la política, dejándose arrastrar por las vaciedades de los discursos campanudos que sus conductores les dirigen, sin pensar, que al fin y a la postre, se verán obligadas estas masas a confiar en sus propias fuerzas, no esperando absolutamente nada de sus pretendidos redentores.

La fuerza del espiritismo es desconocida hasta por la inmensa mayoría de adeptos. Hasta ahora ha sido una aspiración sentimental, un consuelo de afligidos, un bálsamo de resignación, pero no ha llegado todavía al desarrollo orgánico de los afiliados, y en este desarrollo, vá comprendida la transformación de las potencias humanas, en acto, vá comprendido el conocimiento más grande y

eficaz, no solamente para preparar nuestros destinos futuros, sino para hacernos aguerridos en el combate de la vida librándonos de la estrechez.

Tiene la humanidad energías latentes de conservación y expansión que no utiliza porque las desconoce. Y no sólo deja de utilizar en su propio bien esas energías, sino que invierte su uso, malgastándolas tontamente, y contribuyendo a su perdición moral y a crearse la pobreza.

Yo creo que el espiritismo tiene una gran misión social que cumplir, entrando de lleno en el estudio de las fuerzas ocultas, y poniendo a sus adeptos en condiciones de figurar como un factor vivo y potente en la obra del progreso humano.

Hasta ahora hemos trabajado sobre el plano ultra-sensible, pero es menester que nos ocupemos del plano terrenal, porque es una miserable cosa despreciar las formidables armas de combate que poseemos, y dejarlas arrinconadas con el falso pretexto de que la ley de expiación no se puede eludir.

Y bien ¿creéis vosotros que nada podemos hacer contra la ley de expiación? ¿tratáis de entregaros a la pasividad musulmana de un Dios lo quiere, o lo que ha de ser, eso será? ¿Y quién es el que sabe lo que corresponde a la ley de expiación, y lo que depende de nuestra apatía?

Lo mejor, lo más práctico, es luchar. No discutamos la expiación. Aceptémosla como un hecho, pero procedamos como hacen el Médico y las familias frente a una dolencia peligrosa; ataquemos el mal de frente, que no todos los males peligrosos bien combatidos han de terminar forzosamente por la muerte.

El espiritualismo racionalista que yo concibo, es viril, combatiente, optimista. Admite la resignación, pero solamente ante lo que no tiene remedio.

No se deja arrebatarse la presa fácilmente, y pone valientes arrestos en atacar el mal, considerando como males, la penuria económica, la enfermedad, las vicisitudes de la vida, en una palabra, toda la cohorte de miserias sociales que crecen de un modo salvaje gracias a nuestra pasividad.

No imaginemos siquiera, que en el planeta que habitamos sea posible alcanzar aquella felicidad ideal que nuestro buen deseo y nuestras ambiciones quisieran poseer, pero revestidos de la coraza que nos presta el ideal espiritista, podemos ir agotando los manantiales de infelicidad, y sacando provechosas experiencias de lo que es irreparable, evitar que en lo sucesivo no se convierta para nosotros el implacable destino, en un tonel de Danaides, manando abundantemente amarguras y dolores.

* * *

Dá verdadera lástima el abandono y desconocimiento que se tiene de las fuerzas mentales y morales del hombre.

Por nuestras villas y ciudades deambulan jóvenes, hombres, y mujeres, dotados de verdaderas disposiciones, que se extinguen sin aprovechamiento como esos ríos caudalosos que van a morir al mar, sin haber apagado la sed de unaavecilla, ni haber contribuído al desarrollo de una flor.

¿No sería para esos jóvenes, hombres, y mujeres, una verdadera revelación de prosperidad, decirles,

después de haberlos estudiado, lo que pueden, lo que no pueden, y lo que no deben intentar hacer?

Si a esas personas de aptitudes embrionarias, prontas a estallar, se las condujera por el camino que sus aptitudes demandan, no habría en el mundo tantos fracasados ni descentrados, y cada cual ocuparía el lugar que por clasificación natural le corresponde.

Es sobre todo en la infancia y la pubertad, donde el espiritualismo racionalista tiene mucho que hacer.

Es en los niños y niñas que concurren a los colegios, donde se puede hacer gran obra meritoria, porque es de advertir, que en la elección de carrera u oficio, desempeña un interesante papel la psicología del individuo, y si se conoce esa psicología, que viene a ser como el retrato moral del sujeto, puede predecirse con grandes visos de certitud el camino acertado que se deba tomar.

Mas cuando por desconocimiento de estos asuntos se abandona el sujeto a merced del acaso, o quedan sugestionados los Padres por los deseos de sus hijos, que tomaron por vocación verdadera, lo que era falsa vocación, no extrañemos que más tarde vengan desagradables sorpresas, porque al invertir el desarrollo de sus energías en trabajos o empresas ajenas a sus disposiciones, se colocaron en condiciones de inferioridad, y de extravío.

Y luego, vayamos a cargar esa cuenta de torpezas, a la ley de expiación, cuando si esa ley pudiera hablar, diría en casos tales, que somos unos soberanos impertinentes, y que ella, esto es, la ley, no hace más que dar sanción a nuestros errores, así como la dá a nuestros actos acertados.



Acabo de señalar en trazos esquemáticos, el mundo de promesas que nos brinda el espiritismo. Si apartándonos de las viciadas costumbres que enervan a las demás sociedades según sucede cuando en vez de trabajar formalmente para el desarrollo y estabilidad de su ideal, se entregan a luchas bizantinas y a satisfacer mezquinas pasiones; si procuramos, repito, desarrollar poderes latentes de que nos ha dotado Dios con generosa mano, es seguro que veremos aumentar la prosperidad de la doctrina y de sus fieles, porque estos han de ver y palpar con la mayor evidencia, cuanto cierto es, que todo hombre es una mina riquísima sin alumbrar, y que tan pronto como se empeña briosamente y con constancia en trabajarla, surgen abundantes e inagotables filones, que sin esperar la vida de ultratumba, le anticipan parte de los bienes de que gozará más tarde con toda munificencia.

Peero ¡ay! no entremos en esta ruda labor como el gallego del cuento. Que nuestros labios no pregunten al empezar el trabajo: «Y bien, ¿cuánto voy ganando? porque si trabajamos como gallegos, es casi seguro que nuestro jornal será el de un aguador».

Es con fé, amigos míos, como se resuelve todo. Es la fé lo primero que debemos conseguir, y si efectivamente queremos iniciarnos en la escuela de lucha, de luz, y de poder, cabe desde luego hacer todos los posibles para conseguir ese gran motor que se llama fé.

No hay nadie, absolutamente nadie, que pueda estar privado de conseguirla, cuando la desea ar-

dientemente. El sér más duro, más empecatado, que se para un instante en la vía del vicio o del delito, y cansado, aburrido, de las sensaciones desagradables que su vida triste le hace experimentar, quiere elevarse hasta el templo de la sabiduría y de la fé, ese sér, llegará a conseguirlo, sino le abandona el deseo y la constancia.

Pero no lo conseguirá con un acto de contrición; más en cambio lo conseguirá con decidida perseverancia; con la firme e inquebrantable voluntad de llegar hasta allí donde otros hombres esclarecidos han llegado, y cuando ese deseo de llegar, y esa perseverancia en el trabajo, cristalicen en su mente como una idea de ambición noble, será consagrado como otros tantos *neófitos* que han franqueado las puertas del misterio.

Mas, si el cansancio se apodera a la primera jornada, o como buen gallego tiene los ojos fijos al plato, y mira con frecuencia el reloj para huir de la labor; si condenado a hacer rodar la noria de una existencia penosa, nada desea, ni nada espera, y vive resignado en su medio triste y nebuloso esperando la hora de partir al otro mundo con el pretexto de descansar, en este caso, vaya en buen hora ese pobre bendito de Dios, para quien la vida presente es una ergástula, y al que le esperan rudos días de trabajo, y de trabajos, en existencias futuras.

Tengamos muy presente aquella sentença evangélica que dice «Buscad el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura.

Sí, es exacto: es completamente exacto que el justo no tiene porque temer, ni la escasez, ni la

persecución de los hombres, ni la enfermedad, ni la misma muerte.

Procuremos, pues, ser justos.

* * *

En resumen; analizando el espíritu que preside a todas las religiones, encontramos un pensamiento elevado y un sentimiento de dependencia. Por el primero, se tiende a desarrollar las virtudes del hombre, poniendo un freno a sus pasiones bastardas, que le alejan de Dios, de sí mismo, y de sus semejantes.

Por el segundo, se reconoce la grandeza de las fuerzas creadoras del Universo, y la inmensa pequeñez del hombre cuando trata de vivir aislado de la solidaridad universal.

A su hora y en cada momento histórico, han cumplido las religiones una misión civilizadora, pero también han salpicado de sangre y lágrimas el libro de la humanidad, por las torpezas, fanatismos, e intransigencias, de sus misioneros e intérpretes.

No pueden pretender las religiones erigirse en absolutas mandatarias de la Providencia, ni menos sostener un criterio de infalibilidad en sus principios. A ello se opone la conciencia individual, cuyos dictados le ponen en evidencia la facultad libérrima que posee, de establecer relaciones con el Supremo Hacedor, sin necesidad de agentes ni mandatarios.

Y no puede la religión, conservar un criterio de inmovilidad en sus principios, porque con ese criterio trata de poner un veto al progreso, dando

como hecho concluyente, la imposibilidad de que el pensamiento humano alcance jamás ninguna nueva verdad, modificadora del dogma.

Y siendo el credo cerrado un obstáculo al desarrollo de la conciencia universal, esta se ve precisada a abrir sus válvulas, buscando dentro del espíritu religioso, aquella o aquellas escuelas filosóficas que mejor satisfagan sus ansias de regeneración y de inmortalidad.

No existe actualmente ninguna doctrina que mejor cumpla dichos anhelos, que la doctrina espiritista, o espiritualismo racionalista, toda vez, que apoyándose en hechos de observación y experiencia, puede dar cumplida y racional explicación a cuantos problemas morales y filosóficos, inquietan a la mente humana.

Nuestra doctrina no dogmatiza. Expone. Defiende las verdades, abroquelándose la mayoría de veces en el testimonio científico, y cuando esto no es posible, apoyándose en serias inducciones que si no son hechos comprobados, tampoco son aventuradas teorías.

Inicia el espiritismo en el conocimiento de la solidaridad universal: solidaridad de mundos, de sistemas de mundos, de sociedades humanas, y de hermandades universales, y nos hace entrever el advenimiento de una sociedad eminentemente solidaria, en la que imperarán la paz, el bienestar, el amor, y la justicia.



Obras del mismo autor

ORIGINALES

	<u>Precio</u>
La enfermedad de los místicos.	3 ptas.
La voluntad como fuerza medicatriz.—Terapéutica de esa potencia anímica cuando está debilitada o perturbada (<i>Memoria que tuvo el primer premio en la Real Academia de Medicina de Madrid</i>). . .	Agotada
Topografía médica de Manresa (<i>Laureada por la Real Academia de Medicina de Barcelona</i>). . .	Agotada
La delincuencia en los niños (<i>Premiada por la Sociedad barcelonesa de Amigos de la Instrucción y por el Consejo superior de protección a la infancia</i>).	2 ptas.
Oído interno.—Sensaciones sonoras subjetivas . . .	Agotada
Los estados subconscientes, y las aberraciones de la personalidad.	3 ptas.
Medición práctica de la potencia volitiva ¿es posible?	Agotada
El juez incógnita (<i>Novela</i>).	Agotada
El periespíritu y las enfermedades (<i>2.^a edición</i>). . .	0'50 cts.
El espíritu de las religiones y el espiritualismo racionalista, (<i>En prensa</i>).	

TRADUCIDAS

La exteriorización de la motilidad, (<i>por el Conde Rochas</i>).	6 ptas.
Psicología experimental (<i>Agéneres y aportes</i>). . .	1 pta.
Las vidas sucesivas.	1 pta.
Los fantasmas de los vivos	Agotada